

El Catequista en la CEB Incultura la Fe

La catequesis puede ayudar a que la Comunidad Eclesial de Base sistematice su experiencia, expresando en formas y fórmulas nuevas su testimonio evangelizador, su misión educativa de la fe hasta la madurez del hombre en Cristo y su diálogo con los valores y desafíos de cada momento del mundo y de la vida. Trataremos de explicar cómo esta catequesis inculturada puede realizarse en la CEB, con la meta de transformar al hombre y a la sociedad, al cristiano y a la Iglesia.

¿Qué entendemos por sistematizar la experiencia de la comunidad?

Es una formulación ordenada, aunque sin pretensión de ser exhaustiva. Los escritores sagrados se dedicaron a sintetizar lo más significativo de su experiencia de la fe vivida en la historia de la comunidad. Hay distintas tradiciones en el Antiguo Testamento, como hay diversos evangelistas y además otros escritores inspirados. Hay que completar siempre la sistematización que hacen las comunidades de base, con las que realizaron las comunidades israelitas, las comunidades cristianas neotestamentarias, las que formulan las Iglesias locales de hoy, la Iglesia que está en nuestro país, en América Latina, en el mundo actual. Así la historia particular de la pequeña comunidad amplía su experiencia para lograr síntesis vitales cada vez más amplias. El catequista necesita mantener esta conciencia y comunión amplia de Iglesia. Es la Iglesia la madre que educa en la fe.

¿Cuándo una comunidad eclesial de base sistematiza su experiencia?

La comunidad tematiza y *sistematiza su experiencia principalmente* con ocasión de los encuentros con otras, en la fe, en compañía de sus pastores. Esta sistematización de la experiencia sirve para la mutua comunicación, y además, para iniciar a los nuevos miembros, a quienes se les explica qué es la comunidad eclesial y qué busca. Los agentes de pastoral aportan en estos encuentros su experiencia de Cristo y de la Iglesia, en su sentido más amplio y universal.

¿Cómo relacionar la experiencia de la comunidad con la experiencia de Dios?

Si la fe cristiana está presente cuando las comunidades eclesiales expresan sus experiencias, éstas no se limitan a lo temporal, sino que tienen una dimensión escatológica.

El instrumento de análisis de las experiencias de las comunidades ha de tener una dimensión de fe. El catequista o el animador, al plantear las preguntas con que los participantes van a expresar sus experiencias,

necesita formularlas con una dimensión de fe. (“¿En qué vemos que el Reino de Dios está llegando a nuestra comunidad?”. “¿Qué signos de muerte y qué signos de salvación vemos en nuestra sociedad?”, etc.).

Además, al escuchar y formular las respuestas, al catequista, en vez de dar una clase, aporta oportunamente la experiencia de la tradición viva de la Iglesia. Su papel no es pasivo. Necesita para cumplirlo una formación excelente en lo bíblico, lo doctrinal, en historia de la Iglesia y en varias ciencias humanas.

¿Qué se requiere para que esta sistematización de la experiencia sea liberadora?

El *lugar social* desde el cual se formula la sistematización de la experiencia, no debe ser unilateralmente el punto de vista de la autoridad ni el de una clase social. Es importante mirar con Cristo la experiencia de la vida y de la historia desde el pobre y humilde de Yavé, que pone su confianza en Dios con afán por la salvación de todos. El Credo, los varios símbolos que sistematizan la experiencia de fe de otras épocas de la historia de la Iglesia, se complementan con otras formulaciones que en América Latina ya están bastante asumidas por las comunidades de los sectores populares. Estas comunidades reconocen un compromiso transformador a partir de las exigencias del Evangelio del Reino de Dios que ya está entre nosotros y viene. Estas convicciones no están codificadas, pero hay cierto consenso entre los catequistas que tienen buen contacto con el pueblo sufrido. Es importante estar alertas ante posibles reducciones unilaterales por falta de perspectiva o de profundidad espiritual.

¿Qué aporta el catequista cuando la comunidad interpreta su experiencia?

El *catequista* no puede limitarse a ser un intérprete intelectual. Es un acompañante vital de la comunidad, como miembro y participante de ella. Aporta algo más. Si un hombre del pueblo dice: “Dios es mi suelo”, él necesita saber explicar que eso significa que en Dios me apoyo, construyo mi casa, me muevo, “en él vivimos, nos movemos y somos” (Hch 17). Además, de un encuentro al siguiente, es importante que recuerde los pasos de las experiencias ya realizadas. De otro modo, la memoria histórica del grupo se pierde. *Siempre aporta una atención a la historia actual del pueblo y de la comunidad, y una atención a la historia bíblica y de la Iglesia.* Para eso, necesita la ayuda de expertos en sus encuentros de formación permanente para catequistas.

El pueblo sencillo al participar en las comunidades de la Iglesia expresa a veces en lenguaje silencioso su perplejidad o su disconformidad ante los falsos valores de la civilización ambiente o incluso de su propia cultura. El ministerio del catequista consiste aquí en ayudar a profundizar con la novedad del Evangelio esos contrastes, hasta mostrar en forma coherente, orgánica, convencida y fundamentada las opciones éticas exigidas por el anuncio de Cristo que entrega la Iglesia. Es importante que

el catequista destaque estos contrastes y también sepa reconocer los valores y semillas del Verbo, o los aspectos católicos de la religiosidad, a partir de la cultura y lenguaje de sus interlocutores en la misma comunidad, para que el Evangelio sea más fácilmente aceptado y encarnado. Esta encarnación mostrará su madurez al lograr nuevas expresiones creativas por parte de la propia comunidad eclesial de los sencillos.

¿Qué imagen nueva de catequista requiere la inculturación de la catequesis?

Ante el desafío de la civilización cibernética y audiovisual de masas, no basta el catequista aislado. El equipo de catequistas necesita el apoyo de expertos que le ayuden a comprender la coyuntura histórica, socio-política, cultural, en la cual hay ideólogos y expertos que están procurando hacer pasar sus mensajes hacia el pueblo. Este apoyo a los catequistas necesariamente ha de ser interdisciplinario. Estarán con él los biblistas y teólogos, pero también los economistas, científicos políticos y sociales, antropólogos culturalistas, ayudando a comprender la profundidad y la amplitud mundial de los problemas, a lo cual no puede llegar la reacción espontánea de la comunidad o de un catequista de escasa formación. Es importante que estos expertos que apoyan a los catequistas tengan además dos condiciones de competencia: solidaridad con el pueblo y adhesión a la fe en la Iglesia. Con estas ayudas, el equipo de catequistas realice su tarea como intérprete de la Iglesia en medio de su comunidad.

¿Es realizable esta formación para catequistas conscientes de su acción cultural?

Conviene distinguir entre el *catequeta*, capaz de elaborar materiales catequísticos escritos o audiovisuales, quien puede dialogar en su propio nivel con los intelectuales orgánicos que dan cursos o publican estudios dentro de sus disciplinas profesionales, y el *catequista de base*. Este también puede dialogar con otros agentes pastorales que le dan formación comunicativa, psicológica, social, económica, política, literaria, musical, muy cercana a sus preocupaciones catequísticas prácticas y más inmediatas.

Defendemos para los catequistas más humildes la mejor formación posible. Comienzan a ser letrados gracias a las Sagradas Escrituras, pero si se detienen ahí, pueden caer en el fundamentalismo, angelismo, fanatismo, como ocurre en las sectas. Hay que ofrecerles la mayor amplitud de formación para un mejor servicio del pueblo.

Lo que suele olvidarse es el primer paso de la evangelización inculturada: *conocer la cultura del pueblo en forma sistemática*. Para eso, el aporte de los antropólogos y sociólogos puede despejar el terreno a los catequistas. También existen experiencias de entrenar a los agentes pastorales de base en el estudio sistemático de la cultura de sus propias comunidades y de los sistemas económico-políticos que las condicionan. Con esa formación sencilla en antropología y ciencias sociales para personal apostólico, comparable a la que se les ofrece en psicología educacional y

religiosa, en teoría y práctica comunicativa o en dinámica de grupos, es posible enriquecer la cultura popular y renovar la catequesis logrando una mejor inculturación.

¿Qué papel tienen los catecismos cuando se busca la inculturación?

Algunos catequistas sobresalientes y catequetas son capaces, en este camino, de expresar en *pequeños documentos* lo que significa el Bautismo, el Credo, la Eucaristía, etc. Estos documentos escritos apoyan durante unos años y sirven en una diócesis o en varias.

Los catecismos que se van escribiendo necesitan un buen contacto con la experiencia popular y con la experiencia secular de la Iglesia. Se puede reconocer su vigencia por un tiempo, pero deben ser remplazados por otros más adelante. El catequista de base tiene un dominio del lenguaje popular, que es el suyo, y *es él quien realiza la inculturación de la fe*. Pero necesita ayudarse con los documentos escritos para la catequesis, por quienes son testigos al mismo tiempo de su pueblo y de la Iglesia. Un catecismo completo, nacional y perpetuo puede ser aprobado por teólogos, pero carece fácilmente de vigencia para la comunicación en medio de un pueblo concreto.

¿Qué consecuencias para la catequesis puede traer el afán de inculturación?

Esta inculturación de la catequesis puede por ejemplo producir una nueva formulación del Credo para un grupo de jóvenes. Este credo deberá expresar la fe de la Iglesia con el ropaje de la cultura de esta comunidad juvenil. No tiene vigencia perpetua ni universal como el de Nicea y Constantinopla, que no tiene lenguaje catequístico, adaptado a un grupo humano, sino teológico y con afán universal. Se usará en algunas celebraciones de esta comunidad y puede ayudar a otras a hacer algo semejante. Pero su vigencia será limitada a estas comunidades que tengan una misma cultura, mientras esta cultura no sufra transformaciones fundamentales. El Credo niceno-constantinopolitano, por ser de otra cultura, como la misma Biblia, conserva un sabor extraño, misterioso y exótico, que es propio de todas las religiones. Estos textos sagrados forman parte del patrimonio simbólico de cada comunidad creyente. La tarea de la catequesis es precisamente iniciar en la comprensión del misterio expresado en esos textos tradicionales, ayudando a traducirlos para los distintos tiempos y lugares, pero sin pretender substituirlos.

Más adelante, la catequesis inculturada puede suscitar una renovación de las celebraciones de la Palabra y de la misma liturgia, en base a los signos, normas y valores de la cultura popular y de la cultura universal que hoy se difunde. La meta es la transformación desde dentro de las personas, de la comunidad eclesial y de la sociedad misma.

Surge aquí un desafío a la catequesis, que es coleccionar, difundir y hacer crear actividades transformadoras, en coherencia con el proyecto de Dios y su Reino.